

CAPÍTULO LXVI. *Que prosigue la misma jornada y descubrimiento; y cuenta una refriega que nuestros castellanos tuvieron con ciertos isleños*



ESPEDIDOS DE ALLÍ, CON SUMA REVERENCIA, salieron a lo llano en busca de el agua; y viendo otro bosquecillo enfrente se metieron en él, donde en un pequeño prado, por estar húmedo y fresco, cabaron, por ver si podían descubrir el agua deseada; mas aprovechó poco la diligencia, porque la que salió fue salobre, menguando la esperanza que hasta allí tuvieron y acrecentando la sed que llevaban; pero mitigóse en breve, porque subiendo algunos a las palmas, que por allí había, derribaron abundancia de cocos, bebiendo y comiendo de ellos. Y viendo que no había orden de lo que se buscaba, cargados de ellos, caminaron la vuelta de la playa, con el agua a la rodilla, casi media legua; porque la fuerza de la mar, después que se quebranta en las peñas, se tiende por la marina hasta la falda de los pequeños montes, juntándose esta mar con la que está de la otra parte de la isla, cuando está de creciente, por un canal algo bajo y arenoso que está enmedio de los dos bosquecillos.

Llegados, pues, a los bateles, temieron la entrada, así por el riesgo que hubo en la salida como por ir muy cargados de los cocos y armas; pero Dios, que jamás se olvida de los que en su nombre trabajan, no queriendo pasase adelante su peligroso temor, ofreció a los bateles de improviso una angosta caleta, donde entraron las barcas sin riesgo, llegando tan cerca de los que estaban en tierras; tuvieron lugar de saltar en ellas a pie enjuto. La barca de la capitana fue la primera que se hizo al mar, la vuelta de las naos, porque aun de la otra faltaban de embarcar algunos que detrás venían, algo lejos; por quien fue divisado en lo alto de el bosque, entre los árboles de él, un bulto, al parecer de persona, que con sobrado espacio caminaba. Llegáronse a él y conocieron ser mujer, pero de tantos años, al parecer, que era maravilla poder tenerse en los pies. Parecía haber sido en su mocedad de talle gallardo y dispuesto; las facciones de el rostro, aunque arrugado y seco, daban también indicios de no pequeña hermosura; dijéronle por señas que se fuese con ellos a las naos; la india, sin mostrar turbación, ni sentimiento, obedeciendo, se fue con ellos a su batel; y en él a la capitana, con harta alegría de los que la llevaban y no menor, después de el capitán y gente de las naves, viendo que no podía dejar de haber gente en la tierra, pues tenían ya primicias de ello. Mandó el capitán vestir la india y darla de comer y beber, con que mostró alegrarse, llevándola otra vez a tierra, para que dijese a los indios que sólo pretendía paz y amistad con ellos. Llegados que fueron, caminaron con ella por la playa hacia otra que estaba enfrente, por ser la parte donde ella enderezaba el camino, señalando con el dedo que allí estaba su gente. Los nuestros, mirando hacia aquella parte, vieron venían por la otra parte de el mar cinco o seis

piraguas, blanqueando las velas que parecían latinas, hechas de palmas; y ellas también de madera blanca, bien labradas, angostas y largas por las quillas; las costuras trabadas con fuertes correones, hechos de la misma palma, que es el árbol con que se sustentan y hacen de él sus embarcaciones, xarcia, velas y todas suertes de armas y vestidos, con que las mujeres se adornan de la cintura abajo, dales también sustento de comida y agua; y entiéndese ser de la que beben, porque los nuestros no la descubrieron en más de dos leguas que por la tierra caminaron.

Llegados ya a la playa, los bárbaros tomaron con gran presteza sus velas, dejando surtas sus almadrías; y, saltando en tierra, se fueron llegando a nuestra gente, haciendo ella lo mismo; mas apenas vieron la india cuando corrieron a abrazarla, admirados de verla vestida, abrazando también a los nuestros con muestras de amor, a quien el sargento Pedro García salió preguntando, por señas, cuál de ellos era el señor o capitán; fuele señalado un hombre robusto, de gallardo talle y brío, de fornidos y fuertes miembros y ancha frente y espaldas; traía en la cabeza una como corona hecha de plumas pequeñas y negras, pero tan delgadas y blandas, que parecían de seda. Hacia la parte de el cerebro le caía un mazo de cabellos rubios y algo crespos, cuyas puntas llegaban a la mitad de la espalda, causando en los nuestros admiración notable ver que entre aquella gente, no siendo blanca, hubiese cabellos tan demasíadamente rubios, aunque creyeron eran de su esposa (porque supieron era el indio casado); hiciéronle señas para que fuese en las naos donde sería regalado; él, mostrando holgarse, acompañado de su gente, se fue con la nuestra a la playa, embarcándose en el batel, haciendo lo mismo en él otros algunos indios; mas apenas fueron embarcados cuando, temerosos de algún engaño, se arrojaron a el agua huyendo a tierra. Quiso imitarles su capitán pero, conociendo el intento, los nuestros se abrazaron con él bogando apriesa por apartarse de tierra; mas el bárbaro furioso, revolviendo a todas partes los brazos, se defendió, aunque le aprovechó poco su diligencia y en breve arribaron con él a la capitana; mas no fueron parte para subirle arriba, por más que lo intentaron, que visto por nuestro capitán, mandó que allí le vistiesen, dándole de comer y asegurándole con la paz; y para confirmación de ella lo volvieron vestido y libre a tierra; y no fue de poca importancia la brevedad de su vuelta, porque los indios de tierra, que serían más de ciento, viendo llevar preso a su caudillo, cercaron a tres o cuatro españoles que habían quedado en tierra, porque los demás se habían embarcado, unos en el batel que llevó el indio, y otros en el que entonces estaba en la marina; y con lanzas y otros gruesos bastones estaban amenazando a los nuestros; lo cual visto por los de la barca y el peligro de los compañeros, saltaron en tierra cuatro o cinco, con rodela unos y otros con arcabuces, y a gran prisa caminaron hasta meterse con los españoles amigos, que caladas las cuerdas de sus arcabuces hacían rostro a los indios con animosa determinación. Estaba con ellos Pedro García, el sargento.

Llegó, pues, en esta ocasión, el indio capitán a tierra, con que mitigaron su fuerza los bárbaros y dejando a los nuestros fueron a recibir a su señor

que, con lágrimas de alegría, se adelantó de nuestra gente a abrazarlos, diciéndoles el buen tratamiento que le hicieron diciendo también ser amigos y venir de paz; los nuestros que en tierra estaban recibieron a el indio alegremente, yéndose todos juntos a la playa donde estaban sus embarcaciones, diciéndoles por señas que querían irse a su tierra; los nuestros, por hacerles fiestas y salvas, después de haber sabido de ellos, como por nuestra derrota había grandes tierras, dispararon a el aire los arcabuces, causando alguna confusión a la gente de las naves, porque imaginaron que la paz se había rotpido; al fin, embarcados los indios, el capitán suyo se llegó a nuestra gente; y abrazando a el sargento con mucho amor se quitó la corona de la cabeza y se la dio, diciéndole por señas que no tenía otra cosa de más estima; con que se fue a embarcar a su piragua y, dando las velas a el viento, fueron navegando la vuelta de un pequeño islote y los nuestros la de las barcas, en que arribaron a la armada donde estuvieron aquella noche de mar en través, hasta el siguiente día que fueron prolongando la tierra hacia el norueste, tomando en ella el sol, en diez y siete grados y dos tercios. Cazaron luego a popa, hasta martes, catorce de febrero, que vieron una isla la vuelta de el nordeste; corrieron a ella pero, por estar muy a sotavento no pudo tomarse. Cazaron a popa y otro día vieron otra la vuelta de el nordeste; pero tampoco se tomó, por no darles lugar el viento. Corrieron hasta los veinte y uno que descubrieron otra por la proa al oeste; fueron en su demanda, pero por venir la noche se quedaron pairando cerca, hasta otro día que fue la zabra a reconocer puerto; pero, aunque lo halló, era tan malo y sin abrigo y el fondo tan cerca de tierra, que no se atrevieron a surgir las naves. Echáronse las barcas al agua, en que fueron cincuenta hombres, a ver si la hallarían en tierra, porque ya la necesidad les apretaba mucho. Hallaron en ella tanta abundancia de pescado, que a mano se cogía; y pájaros de diversas suertes, que también cogieron con la mano; era inhabitable y sin agua, que era lo que deseaban; pero abundante de palmas. Dejáronla al fin por inútil de lo necesario; tomóse en esta isla el sol en diez grados y medio escasos. Córrese norte sur y tiene como ocho o diez leguas de redondo; es pareja con el agua y tiene enmedio un placel o laguna grande, de agua salada, como muchas de las que atrás dejaron; púsosele por nombre San Bernardo.

Dejando esta isla corrieron con poca vela a aquella noche, siendo el viento a popa y fresco, temiéndole de tierra cercana, porque les daban señales de ella muchos pájaros; así fueron hasta jueves dos de marzo, que a la madrugada descubrieron tierra, la vuelta de el oeste. Repararon hasta salir el sol, que fueron en su busca, tomáronla por la banda de el norte, yendo la zabra delante. Aquí despidieron la tristeza y pena que traían, porque en medio de ella vieron por el aire levantarse humos, señal manifiesta de ser habitada la tierra. Descubrió la zabra, cerca de la orilla, entre palmas, una población de casas pajizas, de donde salieron casi cien indios que por los efectos eran crueles enemigos, aunque no lo mostraban en sus rostros y presencias, porque era la gente más gallarda, hermosa y blanca, que en toda la jornada descubrieron; tenían mucho número de piraguas

pequeñas, viniendo en cada una tres o cuatro indios; son en extremo ligeras, hechas de sólo un palo; vinieron en ellas abordo de las naos, haciendo ademanes, mostrando valor y ánimo, blandiendo muy gruesas lanzas, que son las comunes armas que usan. Arrojárónles de las naos algunas cosas, así de comida como de vestir, acariciándolos para que se llegasen; pero ellos, en tomando lo que se les daba, remaban hacia fuera, dejándolos con pena. Estando en esto llegó una angosta piragua en que venía un arrogante indio, dando voces, haciendo ademanes furiosos con piernas y brazos; traía en la cabeza un tocado hecho de palma y una como camiseta, también de palma, pero colorada toda; y llegando a el corredor de la popa de la capitana, donde estaban algunos mirando la braveza de el indio, pero él ajeno de temor, volviendo atrás el brazo, cogiendo la asta con entrambas manos tiró un bote, con intento de matar a uno de los nuestros que era don Diego de Tobar y Prado, alargándose luego en su piragua a grande prisa; pero fue venturoso en no haber allí entonces algún arcabuz con que poder darle el pago merecido; pero aunque le dieron voces, amenazándole, no por eso dejaba de llegarse de cuando en cuando a querer intentar lo que antes. Avisóse a el capitán que estaba en el bordo de la nao, procurando con regalos y señas de amor acariciar los indios, para que entrasen en el galeón; y sabido por él entró en la popa, admirado de el atrevimiento de el indio; y viendo lo que le habían dicho, mandó se disparase a el aire un arcabuz sin bala, para que amedrentado se fuese; mas el indio no mostrando temor de el ruido, blandiendo la lanza cerca de nosotros, cercándonos la nave, con su ligera piragua; pero no tardó mucho que no pagase con la vida su temerario atrevimiento; echáronse las barcas al agua, en que fueron sesenta hombres, para defensa de la zabra, porque se echó al agua un grueso escuadrón de indios, estando surta en diez brazas; y llegando abordo, pareciéndoles cosa fácil, procuraban echarla a fondo, aunque viendo que era imposible, trajeron de tierra un cabo largo, y atándolo a la proa de la zabra, intentaban llevársela a tierra; viendo otras veces que los de dentro procuraban cortarlo, se apartaban un tanto y amarraban el mismo cabo al cable de la ancla, haciendo por todas vías la diligencia posible en ofender nuestra gente; mas llegadas las barcas, se fueron nadando a tierra, cayendo algunos heridos y muertos de las balas, que entre ellos daban; y entre ellos el indio que más valiente se había mostrado; y visto que por entonces no había lugar, ni orden de saltar en tierra, se volvieron a las naves, zarpando la zabra el ancla, por llegarse a ellas que algo más afuera estaban surtas, aunque sobre aviso, por temor de los vientos, que por momentos se cambiaban por diferentes partes.

Acordó el capitán, con el parecer de los que más bien lo entendían, que otro día saltase gente en tierra, bien armada, para tomar leña y agua por el gran deseo que tenía de subirse a altura, en demanda de la madre de tantas islas. Viniendo el día siguiente fueron las barcas, llevaron la zabra remolcando con sesenta hombres, llevando pífanos y cajas apercebidos para cualquier trance; y buscando el lugar más seguro, donde pudiese surgir la zabra, la llevaron remolcando cerca de unos arrecifes donde, aunque la mar

batía con furioso estruendo y no pequeño temor que daba a los nuestros, era el lugar más acomodado que hallarse pudo. El alférez Pedro López de Sojo, no queriendo perder punto, ni detenerse, saltó en una pequeña góndola que en la armada traían, con otros dos hombres, a buscar sitio donde echar el rezón de la zabra; y hallado, dio aviso a Luis Váez de Torres, que venía por capitán de la almiranta, para que fuese a dar fondo; lo cual hizo luego, dejando surta la zabra; y él, echando el rezón en tierra, íbale haciendo escolta el otro batel, porque él había ido a hacer esta diligencia en el suyo; mas apenas vararon las barcas en tierra, cuando con furioso ímpetu arremetieron a la playa más de ciento y cincuenta bárbaros, todos con lanzas terciadas, determinados de vengar la injuria pasada, y más viendo que estaba en tierra Luis Váez de Torres, con otros dos españoles y el alférez Sojo, que con harto peligro había salido a tierra, el agua a la garganta. Viendo los nuestros el atrevimiento de los indios, dando fuego a los arcabuces, reprimieron su ímpetu, derribando algunos de ellos muertos entre los peñascos de la playa, haciendo juntamente huir los otros, con mayor priesa, por librarse de la que habían traído para su venganza, desocupando la ribera, donde, con riesgo notable, saltaron doce o quince hombres, mojando algunos los arcabuces y otros dejándolos en el agua, no haciendo poco sus dueños en salvar las vidas; tan grande y furioso era el ímpetu del agua que en los arrecifes y peñascos batía, con el mucho viento que soplabá.

Puestos estos soldados en tierra se pusieron en orden en un pequeño repecho que en la playa estaba, en tanto que en las barcas iban por la gente que en la zabra había quedado; la cual, a grande priesa, se fue desembarcando, deseosos todos de probar las manos con los enemigos; desechando el temor que en aquel conocido riesgo les ponía la ocasión, juzgando a cobardía el detenerse; llevaron los arcabuces y frascos muy altos, porque no se mojasen y, juntándose con los compañeros que en tierra estaban en escuadrón ordenado, fueron caminando hacia el pueblo o ranchería, donde hallaron diez o doce indios, todos ancianos que los más tenían unos palos teosos, que a modo de hachones ardían, señal entre ellos de paz y amistad; habiendo huido los demás por el bosque adentro, donde tenían sus hijos y mujeres, cerca de una laguna grande que el mar hace cuando baña la tierra, hacia donde vieron los nuestros caminar, con toda priesa, un indio que en los hombros llevaba a otro herido; que según el deseo que de salvarle tenía y el peligro a que por librarse se había puesto, debía sin duda de ser hermano o padre o amigo; que entre los que lo son suele de ordinario haber finezas de amor, de que nos dan testimonio tantas historias como hay de ello.

Llegados pues a los indios de el pueblo, que los esperaban, los hallaron con los hachones encendidos en las manos y algunos de ellos con ramos verdes, los cuales dieron a los nuestros, humillándose con sobrado temor, principalmente un indio viejo estaba sentado temblando de verlos. Llegóse entre los demás otro indio, dispuesto y de grande cuerpo, ya anciano, a quien nuestra gente por señas pidió agua, vistiéndole de tafetán. Él, mos-

trando alegría, fue guiando a catorce o quince españoles, que con el capitán Luis Vázquez de Torres iban en seguimiento suyo, quedándose formado el escuadrón en el mismo sitio; y llegando cerca de la laguna, habiendo pasado por su pueblo, hallaron un arroyo grande, pero de agua salobre que no causó pequeño disgusto a todos, por la sed que llevaban. Estando en esto llegó un indio con un coco de agua dulce; y preguntándole de dónde la traía, dijo que de la otra banda de la laguna. Envío luego con él, Luis Vázquez de Torres, siete soldados para saber dónde la había; los cuales, guiándoles el indio, fueron a sus chacaras o huertas, donde todos los indios se habían retirado, los cuales viendo a los nuestros, salieron a darles la paz y también algunas mujeres de buena disposición y hermosura y algunas la tenían con sobrado extremo; y aunque es gente bárbara, que nace y se cría en aquellas remotas partes, en medio de el rigor de el sol, de el aire y frío (bastante causa para estar quemados y negros) eran demasidamente blancos, principalmente las mujeres que, vestidas, sin duda hacían ventaja a nuestras españolas, acompañando su donaire y gracia con honestidad y vergüenza. Miraban con humildes ojos y muy pocas veces, y se llegaron a abrazar a los nuestros, con demostración de amor y paz, a su usanza. Venían cubiertas de la cinta abajo, con esteras o petates blancos de palma delgada y bien tejida; trayendo otras hechas a modo de esclavinas, tejidas de la misma palma, con que cubrían las espaldas. Holgóse mucho nuestra gente, viendo que por paz negociaba.

CAPÍTULO LXVII. *Que prosigue la jornada y cuenta el fin de la refriega que los nuestros tuvieron con los isleños ya dichos; y se dice el valor y esfuerzo de uno de ellos, que entre los demás se señaló y aventajó mucho*



VIENDO LOS SOLDADOS QUE EL CAPITÁN ENTRABA en busca de agua, llegaron a una de las chacaras donde guiados de el indio hallaron un arroyo pequeño de agua dulce; y, aunque manantial, era tan poca, que era imposible repararse la armada con ella. Volvieron a dar aviso a Luis Vázquez de Torres de lo que habían visto, así del agua como de la gente; el cual lo envió a decir con Juan Gerónimo al escuadrón que estaba junto en la playa, para que de allí se diese aviso a las naves. Llevaba el mancebo desnuda la espada, sin otra defensa, ni arma; mas pasando por las casas de los indios salieron a él diez o doce indios, con dardos arrojados de agudas puntas tostadas y bastones gruesos y macanas; y arremetiendo el escuadrón intentaron quitarle la vida, adelantándose un arrogante y enojado bárbaro con una pequeña lanza en las manos, amenazándole con ella, buscando tiempo para emplearla bien; mas el español, despidiendo el temor, le esperó con la espada, aunque no tuvo lugar de herirle, porque a este tiempo llegaron de tropel los otros indios, tirándole golpes de que apenas